

Zama



Di Benedetto



Antonio Di Benedetto

A stylized, handwritten signature of Antonio Di Benedetto in black ink, set against a light gray background. The signature is fluid and expressive, with the letters 'Z' and 'm' being particularly prominent.

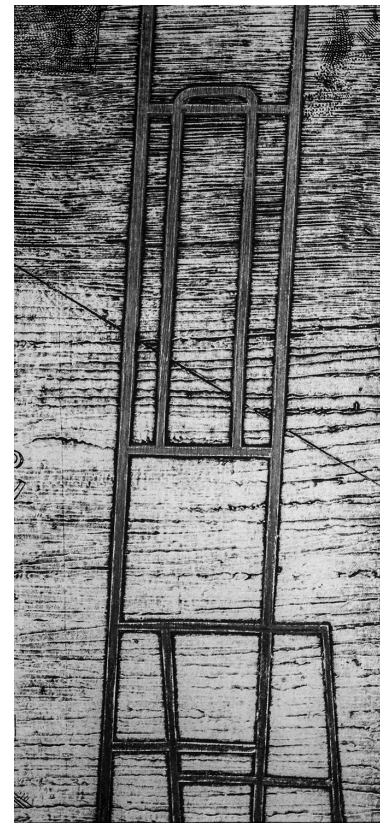
Con un ensayo de Estela Saint André

e ilustraciones de Cristian Delhez

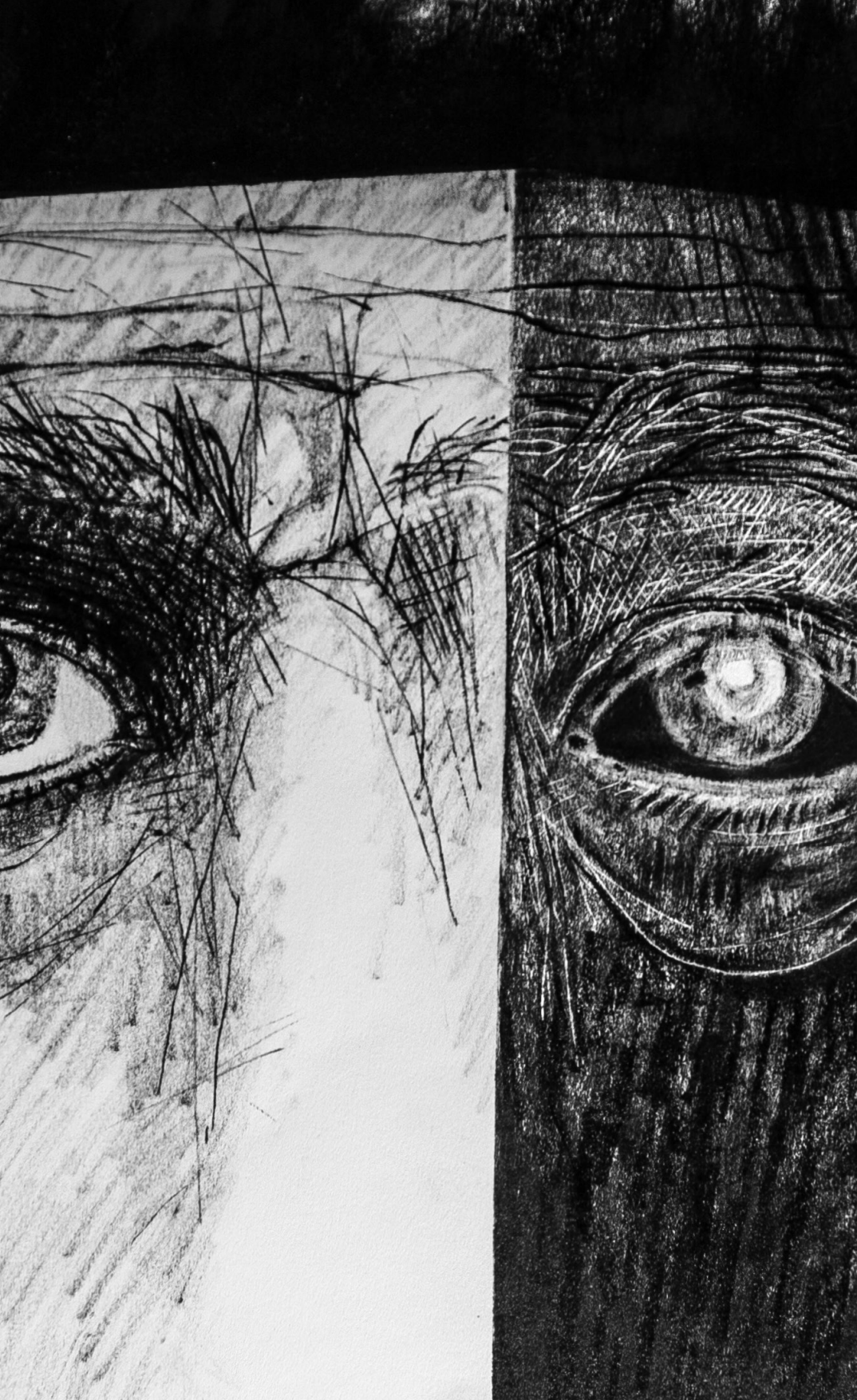
Mendoza, 2015

EDIUNC

A las víctimas de la espera



AÑO 1790



Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos, se menea la porción de agua del río que entre ellos recae.

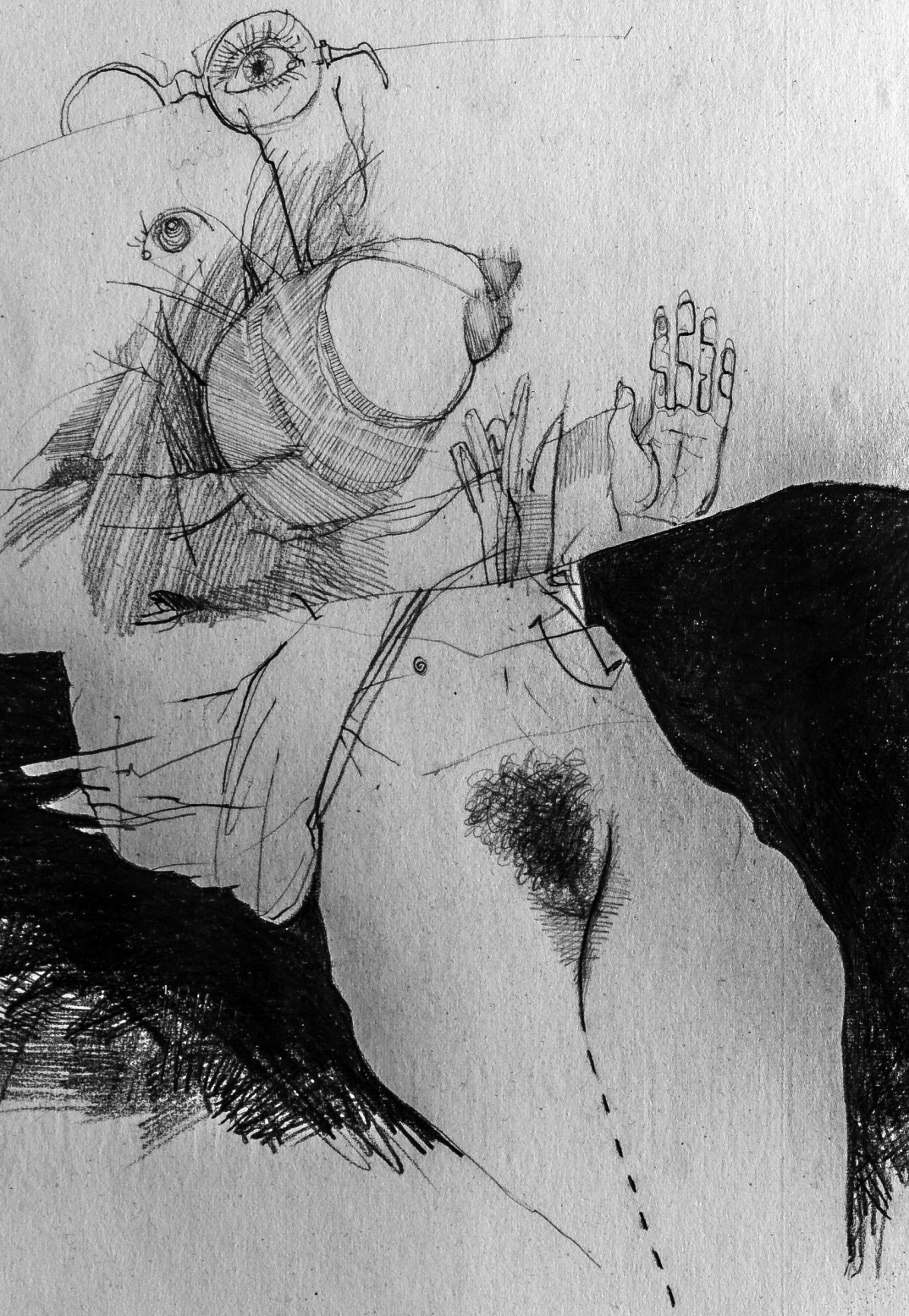
Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semi-despierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocirme.

Esos temas quedaban sólo para mí, excluidos de la conversación con el gobernador y con todos, por mi escasa o nula facilidad para hacer amigos íntimos con quienes explayarme. Debía llevar la espera —y el desabrimiento— en soliloquio, sin

AÑO 1794



Me remontaba a la idea de un dios creador. Un espíritu que no hacía pie en nada, capaz de establecer las leyes del equilibrio, la gravedad y el movimiento. Pero su universo era una rotación de bolillas, mayores o menores, opacas o luminosas, en un espacio preciso, como recortado por el alcance de una mirada, en el cual el sonido resultaba inconcebible.

Entonces, por mis necesidades, el dios creador tomaba la figura de un hombre, que no podía ser verdaderamente un hombre, porque era un dios, ajeno y remoto. Un anciano de melena y barba blancas, sentado en una roca, que contemplaba con cansancio el universo mudo.

Sus cabellos eran de siempre blancos. Había nacido anciano y no podía morir. Su soledad era atroz. Aciaga.

Como un dios no puede crear dioses, pensó crear al hombre, para que éste los creara.

Creó entonces la vida. Pero antes de crear al hombre, hizo las culebras, los gérmenes de la peste y las moscas, dio fuego a los volcanes y removió el agua de los mares. Precisaba extirpar el tormento y una cierta cólera que la soledad había puesto en su corazón.

Después realizó una obra de amor: el hombre, y lo rodeó de bienes.

Pero el dios fracasó, porque el hombre creó multitud de dioses que no miraban bien al primero y no sólo se repartieron el universo, sino que algunos de ellos impusieron hegemonías. El mayor fracaso del dios consistió en que podía ver al hombre, pero el hombre no podía verlo a él, no podía devolverle ninguna de sus miradas enternecidas de padre.

El dios quedó solo e irritado. Dejó que los frutos del bien se multiplicaran por sí mismos o por obra del hombre; mas

lastima, sin celos, que Manuel lo haya hecho, es que no he perdido la compasión ni la magnanimidad.

La prueba inmediata fue más severa: hasta una calle y una casa apartadas, por el norte, de la piña.

Indagué.

El señor Soledó, su esposa misia Lucrecia, un mulato y una esclava, Tora de apelativo, partieron con destino al Brasil entre cuatro y cinco semanas antes.

Ese era el inventario, con una sola y única mujer blanca.

Mi cuerpo agotado soportó peor el retorno.

Demoré más de lo que podía tener tranquilos a Emilia y Manuel.

Yo me sostenía en los barrotes de una ventana, por darme descanso antes de otro trecho de marcha, y vi venir a Manuel, seguramente echado a las calles por buscarme. No intenté seguir caminando. Él me ayudaría.

Era, aún, mi secretario. Sentí deseos de instarlo con ademanes a que se apresurara. Yo necesitaba saber si él había guardado para mí algún mensaje de Marta.

AÑO 1799



Vicuña Porto era como el río, pues con las lluvias crecía.

Cuando las aguas del cielo tórrido se derramaban sobre la tierra, se hinchaba la lengua de la corriente, mientras Vicuña Porto escapaba de aquellos suelos asiduamente mojados.

Entonces, si una vaca se perdía, culpa se echaba al río, el lamedor de la gula incesante, y si un mercader moría, en la cama, destripado, ya la culpa era de Porto.

Con cada año —e iban dos— Vicuña Porto aumentaba: era un hombre numeroso y la ciudad le temía.

Temerosa vivía de él, mas sin alzar el garrote, hasta que vino el incendio y tomó una cuadra y dos y tres, y cada cual escuchaba abrasarse aquellos palos tal y como si fueran sus huesos.

La ciudad se decidió y quiso cazar a Vicuña.

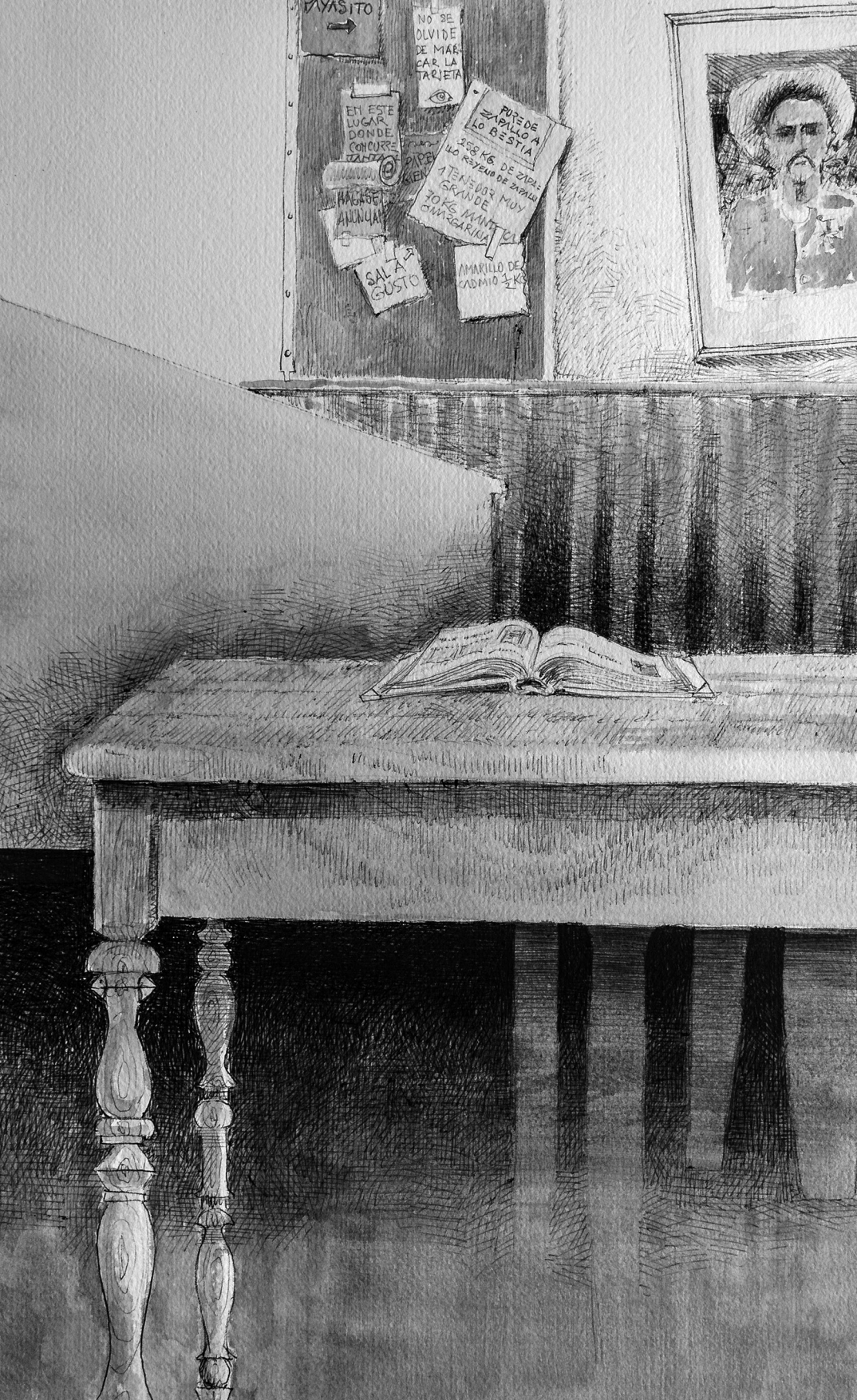
Pero unos decían que era el tiempo de su llegada y otros el tiempo de su partida, y nadie podía decir si estaba o no en la ciudad; se dio inútil batida en ella y luego se puso en pie una columna de guerra, contra Vicuña y su gente, para alcanzarlo en su guarida y para su muerte alcanzar.

Pedí plaza en la legión.

Nadie sabía por qué.

Nadie vio nunca a Vicuña, ni sospechaba su traza. El nombre era de él y nadie se lo había dado.

Vicuña... y un tiempo ido. Vicuña... y el corregidor. ¡Yo conocía su nombre y conocía su cara!



Reencuentro con Di Benedetto

Estela Saint André